

Antonio Skármeta

Un tipo de 22

En cualquier país, en cualquier barrio y en cualquier película sería fuera de serie. Desplaza toneladas de energía en cada acción y anda con unos maletines de 25 kilos que pueden contener gatos, besos, lolitas, pelo. Skármeta es un James Dean que no se baja de la moto, un hermano menor de Marlon Brando que aún se juega la vida en un callejón de Santiago Centro, Buenos Aires o Nueva York. Y a ritmo de salsa.

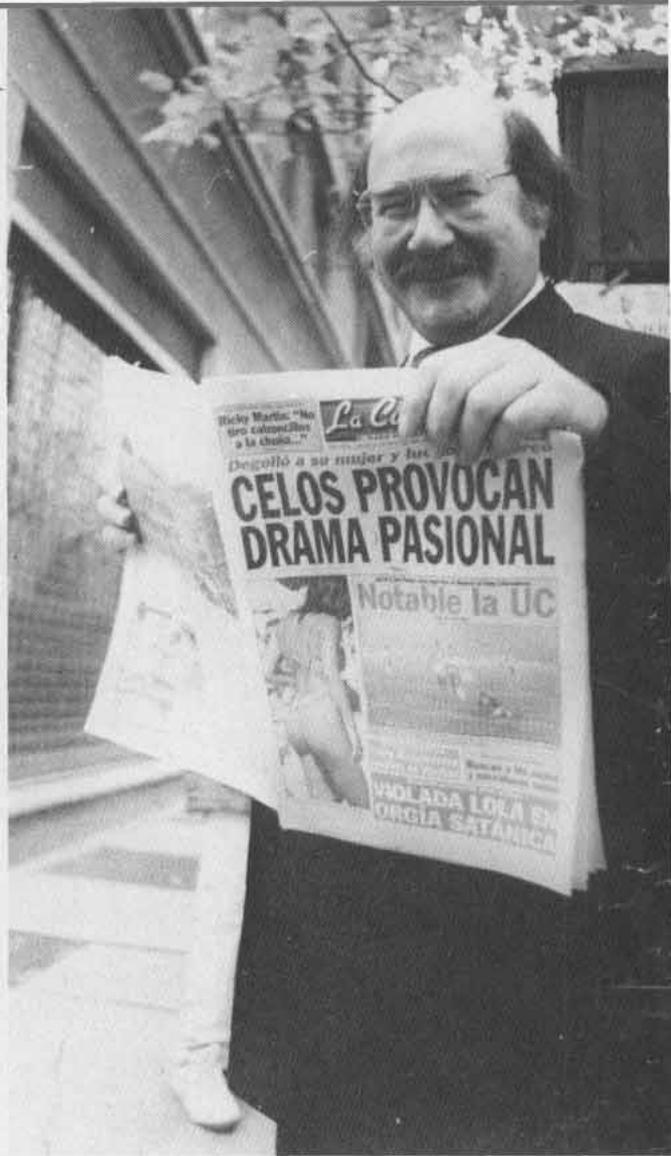
Más alemán que los alemanes, más chileno que los chilenos, trabaja al lado de una piscina escarchada, junto a una biblioteca babilónica, una mujer muy guapa y un afiche de Nat King Cole. Y concede "pitu-tos" de conversa en el Café del Biógrafo, su segunda oficina, su refugio antiaéreo, su café multiuso. Además, tiene los ojos llenos de risa, de una risa amable y curiosa.

Por MILI RODRÍGUEZ V.

FOTOS: RONY ORTIZ

—Te ves bastante feliz. Y uno tiene la imagen de que los escritores son tipos sufridos.

—Pero la imagen de que yo soy un hombre feliz no es cierta. Soy un hombre que ama la vida y tengo un par de amigos y ganas de crear. Las imágenes son construcciones que se hacen de las personas, que no tienen nada que ver con lo real.



Igual, cuando se fue de Chile, en 1973, le tocó llorar en un Club Mediterráneo, por ejemplo. Tiene una forma rica de pasarlo mal: "Respecto al exilio soy muy chicha fresca. Era el único de los intelectuales que llegaba temprano a los locales portorriqueños de Nueva York, fanatizado de Ismael Miranda que cantaba *No me vuelvo a enamorar*".

—Pero tú guardas en secreto tus proyectos literarios.

—Sí. El cincuenta por ciento de los escritores no hablan de lo que están haciendo, porque es imposible hablar de algo que todavía no es. Uno escribe para saber qué es lo que está escribiendo, y en cuanto haces un esquema para reducir la cosa, elaboras una racionalización que resulta castrante. Yo creo que informar sobre qué es la novela implica un ejercicio de racionalización sobre el texto en que tienes que aclarar cosas que no están claras todavía. Por lo tanto ejerces violencia sobre la espontaneidad, la conceptualizas y la pones en el mercado como una reducción de lo que la novela es. Ahora, hay escritores que son ingenieros. Que tienen un trazado, todo un diseño, hasta los puntos y comas.

—Hasta las calles por donde van los personajes.

—Yo no soy de esos. Yo creo que la única posibilidad cierta de esos concursos donde piden un plan de novela es mandar un capítulo de algo ya escrito. Y sin ningún comentario. No se podría decir la sandía calada, o la cala de la sandía, porque aún no existe la sandía, pero la cala de la sandía que no existe.

—¿Qué hace que tú escribas?

—Lo que más me gusta en la vida es escribir, es lo que más quiero y lo que más me satisface. Para llegar al estado de escribir, alguna de las cosas que uno ha soñado, pensado, sentido, y que se mantiene en estado de latencia, toma forma. Y se manifiesta bajo la forma de una voluntad de ser dicha. Para lo cual pasa tiempo. Desde el momento en que uno va a escribir una historia hasta el momento en que la pone en el papel, la historia tiene que crecer dentro de uno.

—¿Un proceso inconsciente?

—Te diría que al principio es así, pero con la experiencia, uno casi lo puede producir. Uno sabe qué coyunturas o qué estímulos ayudan a que se concreten las historias.

—¿Ciertos choques con la realidad?

—Los choques con la realidad son muy propicios. Todo aquello que te descoloque de la rutina y de las respuestas ya dadas a las cosas. La literatura es el terreno de lo incierto. Es difícil escribir con certidumbre. A un político no le cuesta nada escribir sobre el par de cosas sobre las cuales tiene opinión, el escritor es otra cosa.

—¿Tú has tenido muchas transformaciones en tu vida, muertes, renacimientos, nuevas pieles?

—Solamente un par.

—¿La caída del muro, por ejemplo?

—No, no. La caída del muro no me importa demasiado. Mi primer gran cisma fue volcar la atención de mí mismo al otro. Ese fue un largo proceso de la adolescencia a la juventud, en que viví muy abismado en mi yo. Estaba cultivando el asombro de conocerme. Después me pareció mucho más interesante el otro, no yo. Y después, lo último que descubrí, que sería la tercera etapa, es la relación de la colectividad con mi intimidad. Y eso es lo que explica una cosa que un alemán jamás entendería, que es lo polimorfo de mi actitud creadora, que me apasione por la televisión, que escriba guiones de cine, que vaya a lugares insólitos.

—Tú empezaste a escribir y a publicar muy joven. Tu literatura ha sido muy joven.

—Yo siempre me he mirado como un tipo de 22 (se ríe). Siempre he tenido esa sensación. Pero de pronto te vas topando con los límites.

—Tentaste esos límites en *Matchball*, don-

de un médico de 52 se enamora de una niña de 14. ¿Te estabas anticipando, exorcizando?

—Exorcizando. De todas maneras, sabemos que esas historias terminan mal. Lo único malo que tiene toda esa experiencia es que es previsible que va a terminar mal. Eso lo tengo asumido.

—¿Te interesan los finales infelices?

—C a d a vez más (se ríe). Es decir, no por inspiración mía, sino por culpa de la historia. No la historia privada sino la historia con mayúsculas.

—¿Eres pesimista desde el punto de vista histórico?

—Yo te diría que un pesimista profesional. Pero digamos que en el sentido patafísico, que cuando no hay solución, mejor riámonos.

—Insisto en lo del muro. Tú vivías en Alemania.

—Yo vivía en la parte occidental, en el West Berlin. Es decir, nunca me gustó el muro, lo acusé frecuentemente. Iba mucho al otro lado porque libros míos eran publicados por editoriales de allá. Cuando cayó, me pareció un acto, no natural, porque no creí que cayera; una sorpresa agradable, como para todo el mundo. Fíjate que yo creía que en la RDA nadie estaba conforme con el autoritarismo pero que había un germen de socialismo libertario. Y lo que sí me llama la atención es que gran parte de esa gente vivió haciendo una comedia. Eso me resulta amargo, difícil de creer. Yo entendía que mucha

“Yo no he tocado nunca a Nicanor, ni con el pétalo de una rosa”



gente que criticaba, lo hacía en función de ideales democráticos y socialistas muy superiores, pero una vez caído el muro no se manifiestan sino que se transforman en vasallos de un sistema... que no se ha probado como un sistema feliz, digamos, con todos los méritos que tiene.

—Es decir que habría que empezar de nuevo...

—¡Los que tengan ganas! Yo, como Chico Buarque, digo “aparta de mí ese cáliz”.

—Con el tiempo, te hiciste más o menos izquierdista, ¿qué te pasó?

—Ni más ni menos izquierdista. La idea del socialismo democrático me gusta. Creo que tiene futuro.

Volviendo a la literatura, Skármeta confiesa que “el programa de televisión me llena la conciencia, me la tupe, me la abruma”, y que uno de los narradores donde el reloj se le quedó clavado es Raymond Carver. “En los relatos de *Tres rosas amarillas*, o *Quieres callarte por favor*, o *Catedral*,

aparecen como detritos de toda una construcción moral y social, pero en el modo cómo se narran esos detritos encuentro algo inaugural. Y me fascina una autora norteamericana muy poco conocida, Dorothy Parker. Una mujer liberada antes de que se hablara de liberación femenina. Y tú te vas a reír pero el otro es Shakespeare. Cada vez que caigo a buscar una cita para una conferencia, un ensayo, o *El show de libros*, me leo la obra entera”.

—Hay una cosa azarosa en los libros. Si uno abre una página, aparece la frase exacta, ¿no? ¿Cuál es tu relación con el azar, con lo misterioso?

—Los amigos míos te pueden decir que bastante intensa. Es decir, el azar, lo sorprendente, el estar disponible, es un elemento constitutivo de mi personalidad. Cuesta saber si las cosas que pasan son mágicas o no, muchas de esas cosas están asociadas al amor, lo más incandescente, lo más efervescente, pero también algunas llegadas imprevistas de caballos, por ejemplo, en una final reñida, tienen esa magia.

—¿Vas al Club Hípico?

—No, al Hipódromo Chile. De pronto se combinan tres o cuatro, se atan de una manera que intuyes. Se forman cuadros.

Skármeta mira por la ventana; yo pronuncio tímidamente la palabra “mandala”; él dice sin énfasis: “eso”.

—Hace poco hablaste de la promiscuidad de América Latina como un valor. ¿A qué te referías?

—A todo. Yo defino mi literatura básicamente como una literatura de la promiscuidad, por mi tendencia a mezclar cosas que tienen distintos rangos o valores, sin ordenarlas según los valores que éstas proponen. Por eso mezo arrestos de poesía mística de San Juan de la Cruz, giros y personajes de Lope de Vega, con modalidades de Los Beatles, del rock, del fútbol. No sé si eso es latinoamericano; mío sí. La vocación de

fundir y confundir es mía. Es estupenda por la frescura, la irresponsabilidad lúdica con que el narrador de este continente se para frente a todas las tradiciones. El joven poeta alemán se propone superar a Goethe; Goethe o nada.

—Los que estarían fregados son los argentinos, con eso de “zafar” de Borges.

—Claro. Pero también Borges se paró muy lúdicamente frente a toda la tradición universal, tanto así que la reinventó.

—Buscando en la historia de tus declaraciones, una vez dijiste de Nicanor Parra que se le pasó el tejo, cuando tomó té en la Casa Blanca, y de Palomita Blanca dijiste “no la lean”...

—¿Dije que se le pasó el tejo? Si lo dije debe ser la única frase crítica que pude haber dicho en la vida sobre Nicanor.

—Porque lo amas.

—Sí, lo he amado meticulosamente toda mi vida. En todas sus actitudes. En todo caso es una frase bien parriana, lo del tejo. No creo que lo haya dicho en forma crítica, porque yo no he tocado nunca a Nicanor ni con el pétalo de una rosa.

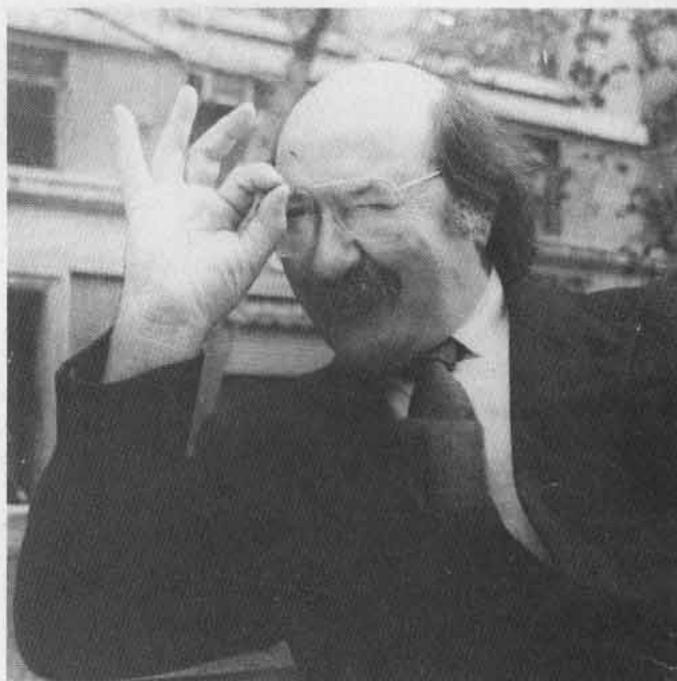
—Es la única vez, tenemos el archivo completo.

—Puede ser. En cuanto a lo otro, hice un comentario de Palomita Blanca y a mí el libro no me gustó entonces y sigue sin gustarme hasta ahora. Pensar que cosas que tenían tal peso en la historia chilena como el asesinato de un general, tenían detrás un juego infantil, hippie, en circunstancias que la historia estaba probando otra cosa, en esos momentos en que uno veía la muerte alrededor. Es decir a mí me parecía frívolo... A mí me gusta otra novela de Lafourcade, *Historia de navidad*, esa cosa del Mapocho, alucinante, está muy bien planteada.

Desde este punto de su regreso a casa, Skármeta confiesa haber disfrutado de “esa situación de tener que renunciar a creer que el mundo se

guiaba por las leyes caseras... y entender que el mundo es diverso, rico, lleno de matices, de tradiciones, de fantasías. De haber permanecido en Chile, creo que eso no se nos hubiera revelado. Aquí uno se conforma con tres o cuatro ideas para manejar el mundo y con eso alcanza. En ese sentido, el que cada escritor sea un poco exilado de su época, aunque no esté fuera, yo creo que le muestra a los hombres alternativas, alternativas de vida”.

“Y por eso lo desesperante de este país es el poco espacio público que tiene la inventiva. Este es un país de administradores de lo poco que hay.



Hay una realidad muy chiquitita, y los pocos que la administran son veinte personas. Y el país es así, se repite, se repite, se repite. Gertrude Stein decía que escribir es escribir es escribir es escribir. Podríamos decir que Chile es Chile es Chile es Chile.

—Tú has hablado de combinar la cordura política de esta transición con una revolución cultural. ¿Qué propones?

—¡Desplazar la mediocridad del espacio público! Si el hecho de que estén las finanzas ordenadas no significa que estemos vivos. Los cementerios también pueden estar regidos por excelentes contadores. El germen de rebelión, de desorden, de excitación por la vida, de felicidad de los jóvenes, es algo que los más intencionados de nuestros políticos todavía no captan. •

“Este es un país de administradores de lo poco que hay”